

TEXTO DEL EVANGELIO	
<p><i>En el principio era el Verbo, y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Estaba en el principio con Dios: todas las cosas fueron hechas por él Y sin él no se hizo nada de lo que se hizo.</i></p> <p><i>En él había vida y la vida era la luz de los hombres; la luz brilla en la oscuridad y la oscuridad no la ha vencido. Llegó un hombre enviado por Dios: su nombre era Juan.</i></p> <p><i>Vino como testigo para dar testimonio de la luz, para que todos crean por medio de él. Él no era la luz, sino que debía dar testimonio de la luz.</i></p> <p><i>La verdadera luz vino al mundo, la que ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo y el mundo se hizo a través de él; pero el mundo no lo reconoció.</i></p> <p><i>Vino entre los suyos, y los suyos no lo recibieron.</i></p>	<p><i>Pero a todos los que lo recibieron ha dado el poder de convertirse en hijos de Dios: a los que creen en su nombre, que, no de sangre ni por la voluntad de la carne ni de la voluntad del hombre, sino que de Dios fueron engendrados.</i></p> <p>Y el Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros; <i>y contemplamos su gloria, gloria como del Hijo unigénito que viene del Padre, lleno de gracia y verdad. Juan da testimonio de él y proclama: «Fue de él que dije: El que viene detrás de mí está por delante de mí, porque él estaba antes que yo».</i></p> <p><i>De su plenitud que todos hemos recibido: gracia sobre gracia.</i></p> <p><i>Porque la Ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron a través de Jesucristo.</i></p> <p><i>A Dios, nadie lo ha visto nunca: el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre, es él quien lo ha revelado</i></p>

Toda la palabra de Dios es útil para instruir, enseñar, exhortar e iluminar, pero hay algunas palabras de la Palabra que tienen un poder especial, una luz especial capaz de penetrar más profundamente en la dimensión espiritual de nuestro ser.

Si escuchamos la Palabra con razón, escuchamos palabras que normalmente nos dejan algo indiferentes.

Sin embargo, si escuchamos la Palabra con **inteligencia espiritual**, estas palabras tienen la capacidad de revelarnos una verdad que va más allá de la simple comprensión del significado literal del texto.

Espero que todos vosotros tengáis la experiencia, en vuestra propia vida, de sentirnos particularmente impresionados por una de estas palabras, que son capaces de orientar nuestra vida y de ayudarnos a comprender el gran misterio de nuestra fe.

Las lecturas que hemos escuchado esta tarde contienen algunas de estas palabras que tienen la particular capacidad de sintetizar toda la Revelación, que son capaces de decírnoslo todo. El resto es una confirmación de su significado.

Les leeré la primera de estas palabras, tomada de la Carta a los Hebreos:

Dios, que muchas veces y de diversas maneras en la antigüedad había hablado a los padres por medio de los profetas, últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio del Hijo.

Esta frase encierra la *Historia de la Salvación*.

¿Qué es la Biblia sino la revelación progresiva de Dios en el tiempo y en la historia, a través de diferentes modalidades que tenían todas un único propósito: hablarnos de un Dios que quisiera ser, que sueña con ser nuestro amigo, nuestro padre, nuestro hermano?

Ha hablado muchas veces de diferentes maneras: ¡reflexionen!
*Pero últimamente ha hablado por medio del Hijo y, **por medio del Hijo, nos ha revelado el rostro de Dios.***

Sé que, en la Iglesia, para muchos teólogos y pensadores esta revelación no es suficiente y, por tanto, intentan con categorías filosóficas descubrir quién sabe qué...

Pero Dios no quiere decírnos cómo es Él en su esencia; quiere decírnos quién es Él para nosotros.

¿Qué rostro nos revela?

Un rostro amoroso, un rostro preocupado por la condición humana, un rostro deseoso de dar vida, de dar esperanza, un rostro deseoso de que la humanidad pueda liberarse del peso del mal, del pecado, y vivir en armonía, en amor, en justicia y en concordia; y vivir en igualdad, ¡que no es comunismo!

La igualdad significa dar a todos lo que necesitan para vivir con dignidad.

El rostro de Dios se revela de manera especial en el Verbo, que se encarna – dice San Juan en este prólogo – **para hacernos hijos de Dios.**

Todo el corazón de la revelación cristiana está aquí: estamos llamados a convertirnos y a vivir como hijos de Dios.

Para nosotros estas palabras son insuficientes, necesitamos tantas cosas, tantos contornos, tantas explicaciones....

Normalmente, no tenemos una mentalidad contemplativa, necesitamos rezar rosarios, ¡incluso decirle a Dios lo que debe hacer...! En otras palabras, construimos una religión que satisface nuestra materialidad.

Qué puede ser más esencial que pensar, en cambio, cuando venimos a la iglesia, en decir: Jesús murió para que yo pudiera vivir como hijo de Dios.

Nosotros, los dominicos, somos, en algunas formas, una Orden contemplativa y, en otras, activa; Santo Tomás, sin embargo, trató de superar esta división, que en realidad no existe: de hecho, afirma que hay que contemplar, es decir, comprender las verdades con los ojos del Espíritu, y luego transmitir las al mundo.

Pero no limitándonos a una transmisión teológica verbal, parenética, homilética, sino **existencial**.

Soy un hijo de Dios y debo comportarme como tal.

Y cuando me presento ante el Sagrario, mi primer pensamiento no debe ser el de pedir ayuda, sino el de hacer una comparación existencial con la verdad y preguntarme: **¿estoy viviendo como un hijo de Dios?**

¿Cuándo estoy viviendo como un hijo de Dios?

¿Y cómo puedo vivir como hijo de Dios?

Las lecturas de hoy no tienen ninguna exhortación operativa particular; tienen una dimensión totalmente contemplativa. Nos invitan, en efecto, a mirar hacia arriba y, mejor aún, a mirar en profundidad: *nadie ha visto nunca a Dios*, concluye el prólogo.

El Hijo de Dios nos lo ha revelado: por tanto, significa que **de Dios sólo podemos afirmar lo que vemos en Jesús**.

No lo que imaginamos, porque las cosas que imaginamos son, precisamente, nuestras imaginaciones, nuestras especulaciones.

Existe sólo una pista, no solamente simbólica sino bien directa, respecto a nuestro actuar, y es tan sintética que no somos capaces de declinarla para hacerla operativa, y es ésta: ***la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la han acogido***.

La luz y las tinieblas; también podríamos decir que la luz es cuando Dios nos dice, y que las tinieblas somos nosotros, en nuestros pensamientos, en nuestra estructuración, en nuestros argumentos.

A los que lo han recibido les ha dado el poder de convertirse en hijos de Dios: ¡esto es lo que debemos hacer!

Lo único que nos dice San Juan en el prólogo, resumiendo el drama de la humanidad y el plan de Dios para los hombres, es precisamente esto: **Dios quiere darnos el poder de convertirnos en sus hijos, si nosotros lo acogemos**.

Siempre hay una puerta que puede estar cerrada, abierta o a medio cerrar: *a los que lo acogen*.

¿Qué significa “acoger”?

Aceptamos la Revelación en un primer nivel cuando profesamos nuestra fe, cuando nos dejamos bautizar, cuando decimos: “Sí, quiero creer en este plan de salvación que Dios tiene para nosotros”.

Pero, ¿es suficiente esta aceptación?

¿Puede cambiar la humanidad?

¿Puede cambiar nuestro corazón?

Obviamente no; no lo cambia.

Es la condición previa, el primer paso de nuestra autodeterminación: “Qué hermoso que Dios quiera que yo viva como su hijo. Sí, quiero darle la bienvenida. Quiero que este proyecto se haga operativo para mí”; y así nos bautizamos, nos confirmamos, vamos a misa, nos confesamos...

Pero los hombres siguen siendo siempre los mismos.

Conozco a algunas personas que se han quedado como estaban hace treinta años; casi nada ha cambiado en sus vidas, salvo esas dinámicas psicológicas que pertenecen al cambio de la naturaleza humana; pero, desde el punto de vista espiritual, cristiano, casi nada ha cambiado.

Por tanto, la acogida que puede hacer que nos convirtamos en hijos de Dios, que puede hacer que su poder de convertirnos en hijos de Dios entre en nuestros corazones, **debe ser una acogida continua**. Porque nosotros, de la mañana a la noche, vivimos como hombres; por tanto, o vivimos una simple vida psicológica, social, material, o vivimos como hijos de Dios.

No hay alternativa.

No podemos pensar en vivir como todos los humanos añadiendo, precisamente, el deseo, la creencia y la ritualidad que a veces ponemos.

¿Cuál es entonces mi invitación hoy?

En primer lugar, **contemplar**, entrar en actitud de **gratitud y alabanza**, **porque Dios quiere hacerme su hijo**.

Él me da todo lo que necesito para vivir como hijo de Dios.

Ustedes saben que se vive **trabajando**, no pensando, no simplemente deseando o soñando; se vive actuando.

Es en la acción donde podemos y debemos realizar el significado, el propósito y el regalo que Dios vino a traernos a través de su encarnación.

Alabado sea Jesucristo